



"No comment". Teatro La Pupa. Sala La imperdible. Sevilla (Foto: Luis Castilla)

Salas alternativas

Notas desde dentro

Por Javier G. Yagüe*

Estas líneas no pretenden ser un análisis objetivo sobre el movimiento de salas alternativas, ya que como parte interesada no podría hacerlo, sino más bien una reflexión desde dentro sobre el origen y el sentido de lo que estamos haciendo.

Las salas alternativas surgen a mediados de los ochenta como respuesta a la situación teatral del momento caracterizada por la inexistencia de canales para que

gran parte de los profesionales del sector teatral mostrasen sus trabajos. La cartelera teatral se encontraba dominada por el más rancio teatro comercial y también por un teatro oficial de escaparate, un teatro escenográfico, millonario y faraónico que alcanza su culmen, y a la vez inicia su declive, en los fastos del 92.

La situación estaba tan viciada que la dinámica establecida era presentar un proyecto de subvención, esperar a recibirla y hacer o no el proyecto en función de la concesión o no de la ayuda solicitada. Por otro lado, los espectáculos dependían, para poder girar, de una «casta» aparecida en esos años: los programadores

culturales. Estos, en gran medida no estaban relacionados a pesar de su nombre con el teatro o la cultura sino con la política; pero, desgraciadamente, tenían en sus manos gran parte del movimiento teatral.

La necesidad y el deseo de poder mostrar los trabajos, de desarrollar proyectos en continuidad, a largo plazo, que no dependiesen del resultado inmediato, de eliminar los intermediarios en la relación entre creadores y públicos, y, sobre todo, de recuperar un teatro "esencial" reaccionando contra el derroche, hicieron que algunos grupos se decidiesen a habilitar espacios de origen diverso (fábricas,

* Director de escena. Presidente de la Coordinadora de Salas Alternativas

talleres, garajes...) para destinarlos a un uso teatral.

Esto significaba un cambio fundamental en la dinámica establecida. Ya no se esperaba la subvención para empezar a trabajar, sino que el motor era otro: la necesidad de hacer teatro.

Las necesidades económicas fueron y siguen siendo muchas, y se resolvieron fundamentalmente con la aportación de trabajo por parte de todos los que participaban en los proyectos que, en general, habían de subsistir con otras tareas. Esto podría llevar a pensar que eran aficionados los que estaban iniciando estos proyectos pero nada más lejos de la realidad. Se podría aceptar el término «aficionado» en el sentido de que no se vivía del trabajo en las salas, pero no en el sentido de falta de cualificación o de dedicación secundaria ya que en las salas se trabajaba hasta ocho, diez o doce horas diarias. Sí se podría, en cambio, hablar de la recuperación de un sentido vocacional del trabajo, de una dedicación y un apasionamiento que a veces la «profesionalidad» mal entendida había ahogado, ya que, en algunos casos, el profesional era directamente un mercenario que siguiendo la corriente extendida en el conjunto de la sociedad había abandonado cualquier criterio ético o ideológico en su trabajo en favor del económico.

De alguna manera, las salas venían a recuperar el espíritu de las gentes del teatro independiente. Al igual que ellos, teníamos que hacer de todo. Si ellos debían arreglar la furgoneta, cargar, descargar, realizar escenografías, etc., ahora en las salas había que aprender a aplicar yeso a las paredes, había que limpiar, fregar y realizar, por supuesto, todos los trabajos artísticos. Si ellos luchaban contra una dictadura política, ahora nos enfrentábamos a la dictadura del dinero.

Viendo todo esto con la perspectiva que dan ya diez años desde los comienzos, habría que señalar que esas iniciativas que surgieron de forma espontánea, que eran verdaderamente movimientos de base, siguen estando hoy día vivos, mientras que de los años de derroche queda hoy como símbolo el Teatro Central de Sevilla, uno de los más modernos del mundo, cerrado, no se sabe por qué, en medio de la ciudad fantasma en que se ha convertido la EXPO 92.

Uno de los temas más debatidos desde el surgimiento de las salas es lo adecuado o no del término alternativo. Se apunta en muchos casos que sería más idóneo hablar de salas de pequeño formato, un término menos conflictivo y más comprobable ya que, de hecho, los aforos

de las salas oscilan entre veinte y doscientas personas. Pero realmente sería reducir lo alternativo a una mera cuestión cuantitativa cuando, en realidad, a mi juicio, hay importantes diferencias cualitativas, fundamentalmente éticas, ideológicas y estéticas.

Para otros será difícil decidir si la reacción anteriormente apuntada contra el teatro faraónico es realmente una alternativa ética, ideológica, estética, o tan sólo una opción económica. Yo creo que éste es un debate inútil pues en la eliminación de lo superfluo hay, evidentemente, una opción estética que aunque proviniese de la necesidad económica, sería digno de alabar pues las salas alternativas habrían sabido hacer de una necesidad, una virtud. Así pues, pienso que en las salas se planteaba y se plantea hoy día una forma alternativa de hacer teatro que tiene que ver con la gestión y la creación.

Quizá lo que más define esa forma alternativa sea ordenar las prioridades de una forma diferente a la que se estaba dando, anteponiendo, en nuestro caso, el interés artístico al económico o al político.

Respecto a las corrientes estéticas, hay que decir que las salas no suponen un movimiento estético homogéneo. La diversidad de propuestas ha sido algo que

desde el principio no ha supuesto ningún problema, es más se ha potenciado, ya que implicaba el respeto a la libertad de los creadores frente al dirigismo cultural o la dictadura de las modas. No obstante, viéndolo también con perspectiva existen ciertas coincidencias que podemos resaltar.

Lo primero y fundamental, en la línea anteriormente señalada, la apuesta por un teatro íntimo, esencial, que permitía una comunicación directa y cercana con el espectador. También, la potenciación del «factor humano». El autor, el director y el equipo artístico en general, su imaginación y sus ideas se situaban en el lugar central de la realización escénica frente a la tecnología y las «cosas», que predominaban en el teatro contra el que las salas reaccionaban. La intimidad de la que hablábamos permitió también un regreso al texto, a la palabra, aunque ahora ya de una manera diferente, en claro proceso de mestizaje, no enfrentado a otros signos teatrales.

Respecto a la gestión, decir que, desde el principio, las salas hubieron de preocuparse por la existencia de un público que respondiese a sus propuestas. Esto, aunque ahora parece obvio, en ese momento no estaba tan claro. Se daba la

La Imperdible

Por Gema López

Hace cinco años, en Mayo de 1990, se abre en Sevilla un nuevo espacio para el teatro.

Sin grandes fastos, ni grandes subvenciones, ni INA-EM Ministerio de Cultura, ni CNNTE, o cualquier otras siglas que avalen el proyecto.

Con una ausencia de «nombres» conocidos asociados a la escena nacional, al cine o la T.V.

Sin proyectos hasta el año 2000 con nombres aparatosos del teatro de siempre. Ya sea como maestros o como sus seguidores.

Sin reivindicaciones ideológicas, declaración de principios estéticos, éticos,

paradoja de que debido a las subvenciones, podía existir un teatro sin público. Sin embargo, las salas debieron preocuparse, para su subsistencia, de la asistencia del público. Esto ha hecho que un público nuevo, no habitualmente teatral ya haya ido acercándose a las salas, algo beneficioso para el sector teatral en general.

Además, las salas debieron preocuparse desde sus comienzos del ajuste entre necesidades económicas y posibilidades económicas, evitando cualquier gasto prescindible.

Por otro lado, la necesidad de autofinanciación ha hecho que se haya tendido a la utilización de los espacios en todas las bandas horarias posibles y a la diversificación de actividades, uniéndose a las propias representaciones, actividades formativas, de divulgación teatral, etc.

Llevando la reflexión al ámbito sociológico podemos decir que las salas están permitiendo que todo el sector generacional más joven pueda estrenarse. Ante las voces que clamaban sobre la inexistencia de nuevos autores, en la programación de las salas alternativas ha ido tomando cuerpo una nueva dramaturgia que a su vez está permitiendo que actores y directores jóvenes desarrollen su trabajo.

Las salas, debido a su incesante actividad y a prestar atención también a otras artes como la pintura, escultura, música, etc, están convirtiéndose en verdaderos centros culturales. También han hecho posible que en algunas ciudades exista una actividad continuada cuando antes, en ellas, se veía teatro poco más que en las fiestas.

Respecto a las administraciones, en breve, decir que las ayudas existentes son escasas y tardías. La administración ha tartado en darse cuenta de la importancia de este fenómeno y más bien da la sensación de haber ido soltando migajas sólo para que nadie le echase en cara su falta de visión. Aún ahora, cuando parece que existe un reconocimiento general de la labor que las salas realizan, la administración tiende a la valoración verbal y a la "palmadita" en la espalda pero sigue sin haber una apuesta económica y política real hacia el futuro.

Muchas salas no cuentan con ayuda y en el mejor de los casos, éstas cubren más de un cuarto de los presupuestos. No debemos desdeñar la importancia que tendría una apuesta real por las salas en el sentido de corregir la autoexplotación que rige en ellas y evitar el agotamiento

de sus impulsores, que es lo que verdaderamente podría poner en peligro su existencia. Las ayudas permitirían además seguir manteniendo el riesgo artístico sin afectar necesariamente a la independencia de las salas, pues ésta depende sobre todo de la voluntad de sus gestores. No hemos de olvidar que por ser un fenómeno relativamente joven, las salas necesitan cierto cuidado para posibilitar su desarrollo.

Mirando hacia delante, decir que el gran reto sigue siendo el acceso a un sector de espectadores más amplio, dentro de las posibilidades de las salas, y mostrar a ese público potencial, pero en estos momentos no teatral, que puede encontrar respuesta a sus inquietudes artísticas y culturales en nuestras propuestas.

Por último, respecto a la importancia que puedan tener o estar teniendo las salas en un verdadero cambio en el panorama teatral, habrá que esperar a tomar distancia en el tiempo para saberlo pero, en definitiva, depende de los propios creadores que han de decidir si lo que pretenden es una verdadera renovación o por el contrario un mero recambio en el sentido de ocupar los puestos que los veteranos dejan a los jóvenes.

Cinco años de teatro en una sala alternativa

místicos y toda esa parafernalia que arroja otros proyectos que vemos nacer en nuestros días, cuando nosotros cumplimos cinco años.

Nace como proyecto artístico de una compañía, LA PUPA, a la que no conoce mucha gente y que además se dedica a hacer un tipo de teatro poco ortodoxo.

El local es una antigua nave inmersa en un patio, enclavado en el laberinto de calles de uno de los barrios más céntricos y antiguos de Sevilla. El espacio ha sido antes fundición, corral, carpintería, almacén... está rodeado de pequeñas naves que quizás mucho antes formaran parte de un antiguo convento.

La empresa de convertirlo en teatro fue afrontada económicamente por la compañía y denominada como «locura» por muchos.

Sala Estable de Teatro La Imperdible, así la llamamos, en homenaje a un instrumento, el imperdible, que nos ha prestado su servicio en muchas ocasiones. Nunca imaginé entonces la de vueltas que se le puede dar a este nombre.

Nombre que hoy se me revela como una contradictoria conjunción de significados y sin embargo, más real que nunca.

(Lo que se desea, lo que no se quiere perder nunca, lo que no tiene pérdida, algo que siempre se encuentra, la vulnerabilidad de lo provisional y su poder de encantamiento, la movilidad, lo transitorio, la improvisación del momento, la creación... en verdad, hasta el nombre ha ido enriqueciéndose de significados a lo largo de estos cinco años).

LA IMPERDIBLE se abre con los recursos económicos de que dispone la

compañía, sin un acabado "de diseño", sin confortables butacas, sin calefacción ni aire acondicionado. Hicimos un teatro en una antigua nave y lo abrimos. Así de simple. Así de arriesgado. Una empresa que afortunadamente para el teatro, se ve crecer en nuestro país y se conoce bajo el nombre de Salas Alternativas.

LA IMPERDIBLE comienza su andadura bautizada básicamente por una necesidad de las personas que la gestionamos: nos hace falta un espacio permanente donde poder «hacer teatro» sin estar sujetos a los vaivenes del mercado. Y una convicción profunda: un espacio estable permite el encuentro, el intercambio y el enriquecimiento. Una oferta permanente de teatro crea un público estable.

Estas convicciones nos animan y empezamos la primera temporada con pro-